

Los Libros

«CHILE A LA VISTA», de *Eduardo Blanco Amor*

Parecía que los libros de viaje interesantes, sólo eran inspirados por la vieja Europa o por el Oriente legendario, cuajados de monumentos, palacios históricos, pagodas o templos. Además, las impresiones de todo aquello son tan diversas y subjetivas, que cada visitante puede, en cierto modo, contar algo diferente.

Otro factor logra entusiasmar aun a los no escritores, moviéndolos a comunicar sus observaciones: es la oposición de hábitos y costumbres. Porque no siempre es ley la paradoja del leñador. El que sale, relata al volver, aquello que le ha llamado la atención. Con razón se dice en el periodismo que noticia es todo lo que sale de lo normal.

A Eduardo Blanco Amor le ha bastado cruzar la cordillera, conocernos un poco, presentirnos fuertemente—presentir es otra forma, acaso más perfecta de conocer—para sentirse acometido por invencible deseo de exteriorizar las huellas que esta visita dejó en su espíritu. El hecho de que sus 25 años de permanencia en Argentina, no le hayan impuesto la mis-

ma necesidad, aunque en sí no pruebe nada, proyecta luz sobre el fenómeno, lo explica y nos proporciona razones de satisfacción.

«Chile a la Vista» no se propone contar episodios ni constituir un anecdotario de viaje sin ninguna finalidad. Tiene otro sentido. Como ciertos insectos que poseen centenares de facetas visuales, equivalentes a otros tantos ojos, este autor abarca, de una mirada, los múltiples prismas del objeto. Su capacidad de penetración y sus facultades receptivas se encuentran de tal manera afinadas, que, mediante este proceso, absorbe lo esencial de las cosas, sin que se filtre nada superfluo, descolorido o intrascendente.

Si bien es difícil concebir una definición, trato de aproximarme a ella: todo el material de «Chile a la Vista» es consecuencia de la curiosidad y del interés movidos por el afecto. No intervienen aquí la investigación ni la paciencia, sino una aptitud connatural, semejante a la aptitud del lecho que acoge al río, le sirve de cauce, lo transporta y ofrece luego el légamo fértil que ha dejado en su curso.

La sutileza, la amplitud y extensión de los mirajes, el don psicológico, son algunos de los polos imantados que atraen hacia la mente del escritor la carga magnética de su caudal; el vigor, la comprensión y el señorío intelectual, son el engranaje que la retiene; el ingenio y la prosa depurada y flexible, constituyen el conducto que la administra y la suministra.

Es, posiblemente, esta afinidad entre el espíritu del autor y el mundo circundante, lo que le permite entregar en sus páginas, el máximo de sí mismo. Como San Pablo a sus fieles, Blanco Amor podría decirle a sus temas: «Yo estoy en vosotros como vosotros estáis en mí». Gracias a esta doble fluencia senti-

mental, los motivos elegidos no pierden su movilidad ni se vuelven inertes al penetrar dentro del autor o al salir transustanciados en obra de su espíritu. Palpitantes de vida, henchidos de novedad, renacen, fieles a su origen, no obstante estar cubiertos por una fisonomía original y distinta.

El autor de «Chile a la Vista» se siente arrebatado por atributos nobles y por características de alta procedencia que descubre en nuestra tierra y en nuestra raza. Le conmueven los rasgos generosos, el sentido de la vida, la filosófica despreocupación, la hospitalidad, la sencillez. De acuerdo con esa ley psicológica que inclina al aprecio de las propias cualidades cuando se las ve en otros, la obra de Blanco Amor podría considerarse una magnífica autobiografía.

Un concepto poco preciso respecto de su labor, lo induce a calificarla, en parte, de humorística. Pero no es así. El humorismo—aunque se trate del más fino e inteligente—supone algo de volandero. Es inútil que pretenda encaminarse al meollo, pues se queda siempre en la periferia. Diríase que lo afecta debilidad congénita, contrapartida de su gracia alada. No puede, por otra parte, pedírsele «peras al olmo». Y si la finalidad primordial del humorismo es la de hacer reír, no esperemos de él gestos constructivos ni sólidas reflexiones.

La que, en realidad, explota Blanco Amor, con entero dominio, es la cuerda paradojal; mas no propiamente al estilo conciso y pulido de Wilde. La de nuestro comentador es paradoja amplificada, desmenuzada, ondulante y discreta, que abarca páginas y, a veces, capítulos íntegros. De la confrontación entre ideas contradictorias, del elogio de aquello en que no cree o del aparente desdén hacia lo que reverencia,

extrae, o permite que la extraiga el lector, una enseñanza—digámoslo sin temores—una lección inolvidable.

Claro está que en «Chile a la Vista» campea la broma, disfrazando o aligerando verdades hondas. Sería, por ello, el de Blanco Amor, un libro en broma que hay que tomar muy en serio.—GUSTAVO LABARCA CARAT.



«HIJO DE LADRÓN», novela de *Manuel Rojas* Edit. Nascimento, 1951

Es la sugerencia de una ternura latente y silenciosa, de un rescoldo de simpatía que jamás chisporrotea, pero que no se apaga nunca, la que salva a este libro de la monotonía. Entero está dedicado a novelar el hampa. Asesinos, ladrones, maleantes, rateros y vagos. A lo largo de 366 páginas. Hay momentos en que el lector ansía hallar otros aspectos del mundo infinito. Nada. El autor no sale de la sentina de este barco nuestro que apodamos civilización.

Con ser el tema de prosapia tan clásica como la novela picaresca, esta relación de los bajos fondos chilenos y argentinos alcanza los contornos de una obra de arte de notable envergadura. En su presencia nos olvidamos que en el género le antecedieron novelas magistrales. Es que no se parece a las del ciclo picaresco español ni a ningunas otras. Su originalidad no arraiga en el tema sino en la inclinación que adopta el artista para trabajarlo,

Manuel Rojas no poetiza a sus galeotes, no los acicala, no disimula su fetidez, pero tampoco los deni-